

Gayle Forman

LO QUE FUE
DE ELLA



salamandra

Traducción del inglés de
Patricia Antón de Vez

Título original: *Where She Went*

Ilustración de la cubierta: Selina De Maeyer, 2009

Copyright © Gayle Forman, 2011

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-485-7

Depósito legal: B-26.819-2012

1ª edición, octubre de 2012

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1
Capellades, Barcelona

a mis padres, por decirme que podía hacerlo

Podría ser que en horas difíciles,
cuando el dolor me atenaza y suplico la liberación,
cuando la necesidad ha minado toda mi resolución,
me viera impelida a intercambiar tu amor por paz
o a trocar por alimento el recuerdo de esta noche.
Podría ser, pero no creo que lo hiciera.

EDNA SAINT VINCENT MILLAY
Fragmento de *El amor no lo es todo*

1

Cada mañana, al despertar, me digo que es sólo una jornada más, otras veinticuatro horas que debo superar. No sé exactamente cuándo empecé a infundirme ánimo de esta forma todos los días, ni por qué. Suena a mantra de doce pasos, y eso que no estoy en Alcohólicos Anónimos ni nada parecido, aunque al leer algunas chorradas que se escriben sobre mí da la sensación de que debería estarlo. Sí, mucha gente daría cualquier cosa por experimentar una pequeña parte de la clase de vida que llevo, pero aun así siento la necesidad de recordarme cuán efímero es un día, de decirme que, si fui capaz de superar el de ayer, también podré con el de hoy. Esta mañana, tras darme ánimos como de costumbre, echo un vistazo al minimalista reloj digital que reposa en la mesita de noche del hotel. Las 11.47, lo que para mí equivale a decir que apenas está amaneciendo. Pero ya han telefoneado dos veces de recepción para despertarme, y luego he recibido una educada pero firme llamada de nuestro mánager, Aldous. Es posible que hoy sólo sea un día más, pero tengo la agenda a tope.

He de ir al estudio a grabar unas pistas de guitarra para una versión que sólo se publicará en internet del primer sencillo del álbum que acabamos de sacar. Pura estrategia publicitaria. La misma canción con una nueva pista de guitarra y algunos efectos vocales y, hala, a sacarle un plus de rendimiento. «Hoy en día hay que exprimir bien el dinero para que se

multiplique», les gusta recordarnos a los ejecutivos de la discográfica.

Después de la grabación almorzaré con una periodista de *Shuffle*, para que me entreviste. Estas dos tareas representan los extremos entre los que transcurre mi vida de un tiempo a esta parte: por un lado interpretar música, algo con lo que disfruto, y por el otro hablar sobre cómo interpreto esa música, cosa que detesto. Sin embargo, son las dos caras de la misma moneda. Cuando Aldous llama por segunda vez, aparto por fin el edredón y cojo el frasco de pastillas de la mesita. Es un ansiolítico que supuestamente he de tomar cuando me siento inquieto.

Y suelo sentirme inquieto. De hecho, ya me he acostumbrado a ello. Pero desde que emprendimos esta gira con tres actuaciones en el Madison Square Garden vengo experimentando otra cosa. Es como si algo muy potente y doloroso fuera a succionarme, algo vortiginoso.

«¿Existe siquiera esa palabra? —me pregunto—. Estás hablando contigo mismo, ¿a quién demonios le importa si existe o no?», me contesto, y trago un par de pastillas. Me pongo unos calzoncillos y voy hasta la puerta de la habitación, al otro lado de la cual ya hay una jarra de café esperando. La ha dejado ahí un empleado del hotel, sin duda con instrucciones precisas de no molestarme.

Tomo el café, me visto y luego me dirijo al ascensor de servicio para salir del hotel por la puerta lateral; el relaciones públicas ha tenido la amabilidad de proporcionarme una llave para evitar el desfile de *groupies* en el vestíbulo. Una vez en la acera, me recibe una ráfaga del aire tórrido de Nueva York. Resulta un poco agobiante, pero me gusta que sea húmedo. Me trae recuerdos de Oregón, donde casi siempre llueve y hasta en los días más calurosos del verano se forman nubes blancas y algodonosas, cuyas sombras te recuerdan que el calor es efímero y que la lluvia nunca queda muy lejos.

En Los Ángeles, donde vivo actualmente, apenas llueve y el calor no se acaba nunca. Pero es un calor seco. La gente de

por allí utiliza esa sequedad del ambiente como excusa indiscriminada para todos los ardientes y tóxicos excesos de la ciudad. «Hoy debemos de estar a más de cuarenta grados —fanfarronean—, pero al menos es un calor seco.»

Pero en Nueva York el calor es húmedo, y para cuando llego al estudio, tras recorrer el desolado trecho de diez manzanas de las calles 50 Oeste, tengo el pelo empapado en sudor bajo la gorra. Saco un cigarrillo y la mano me tiembla al encenderlo. Padezco estos ligeros temblores más o menos desde el año pasado. Después de hacerme un chequeo a fondo, los médicos concluyeron que todo se debía a los nervios y me aconsejaron que probara con el yoga.

Cuando llego al estudio, Aldous me espera fuera, bajo la marquesina. Su mirada oscila de mi cara al cigarrillo y viceversa. Por la forma en que me observa de arriba abajo, sé que está decidiendo si debe comportarse como el poli bueno o el poli malo. Debo de tener un aspecto espantoso, porque opta por el poli bueno.

—Buenos días, Sunshine —saluda jovialmente.

—No me digas. ¿Qué tienen de buenos a esta hora de la mañana? —suelto, tratando de sonar gracioso.

—Técnicamente, ya es por la tarde. Vamos con retraso.

Apago el cigarrillo. Aldous me apoya una manaza en el hombro con incongruente suavidad.

—Sólo queremos una guitarra de fondo en «Cariño», para darle un toque distinto. Así los fans volverán a comprarlo. —Se ríe y niega con la cabeza, consciente de en qué se ha convertido el negocio—. Luego tienes el almuerzo con la tía de *Shuffle*, y sobre las cinco, la sesión de fotos con el resto del grupo para ese acto benéfico de Fashion Rocks para el *Times*; después hay que tomar una copa rápida con unos tipos de la discográfica, los que manejan la pasta, y entonces me iré al aeropuerto. Mañana tendrás un pequeño encuentro con la gente de publicidad y *merchandising*. Límitate a sonreír y no digas gran cosa. Después de todo eso podrás disfrutar de la soledad hasta que estemos en Londres.

«¿Disfrutar de la soledad? ¿En lugar de hallarme en el cálido seno de la familia que formamos?», replico sólo para mis adentros. Por lo visto, últimamente mantengo cada vez más conversaciones conmigo mismo, muchísimas. Teniendo en cuenta algunos de mis pensamientos, más vale así.

Pero en esta ocasión es verdad que voy a estar solo. Aldous y el resto de la banda vuelan esta noche a Inglaterra. En principio yo debía ir en el mismo vuelo, hasta que caí en la cuenta de que hoy era viernes 13 y exclamé: «¡Ni de coña, joder!» Esta gira ya me parece bastante horripilante como para tentar al destino viajando el día oficial de la mala suerte. Así pues, le exigí a Aldous que me reservara un billete para el vuelo del día siguiente. Vamos a rodar un vídeo en Londres y luego ofreceremos una serie de ruedas de prensa antes de emprender la etapa europea de la gira, de modo que no voy a perderme una actuación ni nada parecido, sólo una reunión preliminar con el director del vídeo. Y no necesito que me cuente su visión artística del asunto. Cuando empecemos a rodar, haré lo que me diga y punto.

Sigo a Aldous al interior del estudio de grabación y entro en una cabina insonorizada donde sólo estaremos una hilera de guitarras y yo. Al otro lado del cristal se sientan nuestro productor, Stim, y los ingenieros de sonido. Aldous se une a ellos.

—Bueno, Adam —dice Stim—, una pista más en el estribillo. Sólo para que suene más pegadizo; cuando hagamos la mezcla lo reproduciremos con la voz.

—Pegadizo, vale.

Me pongo los auriculares y cojo la guitarra para afinarla y calentar un poco. Procuero prescindir de que, pese a lo que ha dicho Aldous hace unos minutos, ya tengo la sensación de estar solo. Me encuentro en una cabina insonorizada, sin nadie más. «No le des tantas vueltas —me digo—. Es lo que tiene grabar en un estudio equipado con lo último en tecnología.» El problema es que sentí esto mismo unas noches atrás, en el Garden. En el escenario, delante de dieciocho mil fans, junto

a la gente que antaño consideraba parte de mi familia, me sentí tan solo como ahora en esta cabina.

Pero podría ser peor, por supuesto. Me lanzo a tocar, se me desentumecen los dedos y me bajo del taburete para arrancarle todo el sonido a mi guitarra, para rasguitarla y aporrearla hasta que chilla y aúlla justo como quiero que haga. O casi. Es probable que las guitarras de esta cabina valgan un montón de pasta, quizá cien de los grandes, pero ninguna suena tan bien como mi vieja Les Paul Junior: la que tuve durante siglos, con la que grabé nuestros primeros álbumes y que, en un arrebato de estupidez, de orgullo desmedido o de lo que fuera, permití que se subastara en un acto benéfico. Sus costosas y brillantes sustitutas nunca han acabado de sonar del todo bien. Aun así, cuando le doy caña a tope a la que sostengo en este momento, consigo perderme en la música durante unos instantes.

Pero al cabo de nada, Stim y los ingenieros ya me están estrechando la mano y deseándome suerte con la gira, y Aldous me saca de allí para meterme en un coche con chófer en el que bajamos por la Novena Avenida hasta el SoHo, con destino a un hotel cuyo restaurante es un buen sitio para la entrevista, o al menos eso han decidido los publicistas de la discográfica. ¿Qué pasa, consideran que no me atreveré a despotricar o decir algo fuera de tono en un local público y caro? Me acuerdo de los primeros tiempos, cuando los entrevistadores escribían en blogs y revistas para fans y ellos mismos eran admiradores que sobre todo querían hablar de la música rock en sí, y que lo hiciésemos todos. La cosa se convertía casi siempre en una conversación normal en la que todo el mundo gritaba para hacer valer sus opiniones. En aquel entonces, nunca me preocupaba por medir mis palabras. Ahora, en cambio, los periodistas nos interrogan a mí y a la banda por separado, como si fueran polis y nos tuvieran a cada uno en una celda distinta como parte de una estrategia para que nos delatáramos unos a otros.

Necesito fumarme un cigarrillo antes de entrar, de modo que me quedo fuera del hotel con Aldous, al sol cegador del

mediodía, mientras se congrega un grupito que me mira de reojo, fingiendo no hacerlo. Ésta es la diferencia entre Nueva York y el resto del mundo: la gente está igual de loca por los famosos que en todas partes, pero los neoyorquinos, o al menos los que se consideran lo bastante sofisticados para merodear por una manzana del SoHo como ésta, fingen que les importo un bledo, aunque no dejen de mirarme a través de sus gafas de sol de trescientos pavos. Y luego se muestran desdeñosos cuando los forasteros rompen el código al precipitarse en busca de un autógrafo, como acaban de hacer un par de chicas con sudaderas de la Universidad de Michigan, para gran irritación del trío de esnobs que tengo al lado, que las observan con exasperación y me dirigen miradas de complicidad. Como si el problema fueran las chicas y no ellos.

—Tenemos que conseguirte un disfraz mejor, Wilde Man —comenta Aldous cuando las chicas se alejan con risitas de emoción.

Wilde Man, «hombre salvaje». Aldous es el único al que aún le permito llamarme así. Hubo un tiempo en que era un apodo habitual, una parodia de mi apellido, Wilde. Pero en cierta ocasión destruí prácticamente una habitación de hotel, y entonces Wilde Man se convirtió en el mote favorito de la prensa sensacionalista.

De pronto, como si le hubieran dado pie, aparece un fotógrafo. No puedes plantarte ante un hotel de lujo durante más de tres minutos sin que ocurra eso.

—¡Adam! ¿Está Bryn ahí dentro? —exclama.

Una foto mía con Bryn vale unas cuatro veces más que una en la que aparezca solo. Pero cuando se dispara el primer flash, Aldous planta una mano contra el objetivo de la cámara del tío, y otra ante mi cara. Y me empuja hacia el interior.

—La tía se llama Vanessa LeGrande —me informa—. No es una de esas tipas canosas que tanto odias. Es joven; más o menos de tu edad, veintipocos. Antes de que la pescara *Shuffle* escribía para un blog.

—¿Qué blog? —interrumpo. Aldous rara vez me da detalles sobre los periodistas, a menos que haya un motivo.

—No estoy seguro. Quizá *Gabber*.

—Joder, Al, no es más que una página de cotilleos de mierda.

—*Shuffle* no es una página de cotilleos. Y esto es para la exclusiva de portada.

—Vale, lo que tú digas —contesto mientras cruzo las puertas del restaurante.

En el interior, lo de siempre: mesas bajas de acero y cristal y banquetas de piel, igual que montones de sitios donde he estado. Estos restaurantes se creen el no va más, pero no son más que versiones carísimas y estilizadas de un McDonald's.

—Ahí está, en la mesa del rincón, la rubia con mechas —indica Aldous—. Es una monada, aunque tú no vas precisamente corto de monadas. Hostia, no le cuentes a Bryn que he dicho eso. Vale, olvídale. Estaré ahí, en el bar.

¿Aldous quedándose a una entrevista? Eso es tarea del jefe de prensa, sólo que yo me niego a tener jefes de prensa niñera. Desde luego, debo de parecer muy descentrado.

—¿Me haces de canguro? —pregunto.

—Qué va, sólo pienso que te convendrá un poco de apoyo.

Vanessa LeGrande es mona. Quizá sería más adecuado decir que está buena. Qué más da. Por la forma en que se lame los labios y sacude la melena advierto que se lo tiene muy creído, y eso desbarata bastante el efecto. El tatuaje de una serpiente le sube por la muñeca, y apostaría nuestro disco de platino a que lleva otro en la parte baja de la espalda. En efecto, cuando se inclina para sacar la grabadora del bolso, de la cinturilla de los tejanos, que lleva muy bajos, asoma una pequeña flecha de tinta que señala hacia el sur. No falla, me digo.

—Eh, Adam —dice Vanessa mirándome con aire de complicidad, como si fuéramos colegas—. He de confesarte que soy vuestra mayor fan. *Daños colaterales* me ayudó a superar una ruptura devastadora en el último curso de facultad. O sea que gracias. —Me sonrío.

—Ah, pues no hay de qué.

—Y ahora me gustaría devolverte el favor escribiendo la reseña más alucinante de los Shooting Star que se haya publicado nunca. Bueno, ¿qué tal si vamos al grano y desmontamos toda la parafernalia de rollos y elucubraciones que circulan por ahí?

¿Parafernalia de rollos y elucubraciones? ¿Es consciente siquiera la gente de la mitad de las chorradas que suelta? Es posible que Vanessa trate de hacerse la descarada o ir de sobrada o conquistarme con su franqueza, pero me da igual de qué quiera convencerme, porque no pienso tragármelo.

—Claro —me limito a contestar.

Se acerca un camarero a tomar nota. Vanessa pide una ensalada; yo, una cerveza. Vanessa hojea una libreta Moleskine.

—Se supone que deberíamos hablar de *Sanguijuela Sunshine*, ya lo sé... —empieza.

Frunzo el entrecejo. Pues sí, de eso exactamente se supone que debemos hablar. Para eso estoy aquí. No para que seamos amigos, no para compartir secretos, sino porque parte de mi cometido consiste en promocionar los álbumes de los Shooting Star.

Vanessa despliega todo su poder de seducción.

—Llevo semanas escuchándolo, y te aseguro que soy una chica caprichosa y difícil de complacer. —Ríe.

A lo lejos, oigo que Aldous carraspea. Lo miro. Esboza una sonrisa de oreja a oreja totalmente falsa y me hace un gesto con el pulgar hacia arriba. Ridículo. Me vuelvo hacia Vanessa y fuerzo una sonrisa.

—Pero ahora que ha salido vuestro segundo álbum con una gran discográfica y puede decirse, creo, que se ha establecido una tendencia más dura en vuestro sonido, me gustaría escribir una crónica más definitiva, para trazar la evolución que habéis seguido desde grupo *emocore* a vástagos del *agita-rock*.

¿Vástagos del *agita-rock*? Todas esas mamonadas deconstruccionistas y engreídas me dejaban perplejo al principio. Por

lo que a mí se refería, lo que hacía era componer canciones: acordes, ritmos y letras; estrofas, solos y estribillos. Pero entonces, a medida que fue llegando el éxito, la gente empezó a diseccionar las canciones, como se hace con las ranas en clase de biología, hasta que sólo quedaban trocitos de entrañas, partes cuya suma era muy inferior al todo.

Pongo los ojos en blanco, pero Vanessa está concentrada en sus notas.

—He estado escuchando algunas grabaciones no autorizadas de vuestros inicios. En comparación, tienen mucho de pop, son casi dulces. Y he estado leyendo absolutamente todo lo que se ha escrito sobre vosotros, hasta la última entrada de blog, cada artículo de las revistas de fans. Y casi todo el mundo hace referencia a un misterioso «agujero negro» de los Shooting Star, pero a la hora de la verdad nadie se adentra en él. Se pone en venta vuestro pequeño experimento *indie*, y funciona bien; se os ve preparados para pasar a la primera división, pero luego viene ese lapso. Corren rumores de que el grupo se ha separado. Y entonces aparece *Daños colaterales*. Y ¡pum! —Abre los puños representando una explosión.

Es un gesto teatral, pero no del todo equivocado. *Daños colaterales* salió hace dos años, y un mes después de su aparición, el sencillo «Reanimación» se había encaramado a las listas de los más vendidos del país y era objeto de una gran campaña de marketing. Solíamos decir en broma que uno no podía escuchar la radio más de una hora sin oírlo. Entonces «Puente» se vio catapultada también a las listas de éxitos y, no mucho después, el álbum entero ascendía hasta el número uno en iTunes, lo que a su vez hizo que lo tuvieran en todos los Walmart del país y que no tardara en tumbar a Lady Gaga del número uno en las listas de *Billboard*. Durante un tiempo, dio la sensación de que cualquier persona entre los doce y los veinticuatro años se hubiese descargado el álbum en el iPod. En cuestión de meses, nuestro grupo del medio olvidado Oregon estaba en la portada de la revista *Time*, donde lo tildaban de «Nirvana del Milenio».

Pero nada de todo eso es noticia. Todo se ha documentado ya, una y otra vez, ad náuseam, en *Shuffle* incluido. No sé muy bien adónde quiere ir a parar Vanessa.

—Todo el mundo parece atribuir ese sonido más duro al hecho de que Gus Allen fuera el productor de *Daños colaterales*.

—Pues sí —contesto—. A Gus le gusta el rock.

Vanessa toma un sorbo de agua. Oigo el tintineo de un *piercing* en la lengua.

—Pero Gus no escribió las letras, que son la base de toda esa fuerza. Lo hiciste tú. Tú imprimiste todo ese poder, esa emoción en bruto. Gracias a ellas, *Daños colaterales* puede considerarse el álbum más rabioso de la década.

—Y eso que pretendíamos que fuera el más afortunado.

Vanessa me mira y entorna los ojos.

—Lo digo como un cumplido. Fue muy catártico para mucha gente, entre la que me incluyo. Y a eso me refiero exactamente. Todo el mundo supone que pasó algo durante ese «agujero negro». Acabará por saberse qué fue, así que ¿por qué no controlar el mensaje? ¿A quién se refieren esos «daños colaterales»? —pregunta poniendo comillas con los dedos—. ¿Qué os pasó, chicos? ¿Qué te pasó a ti?

El camarero sirve la ensalada de Vanessa. Pido una segunda cerveza y no contesto a su pregunta. No digo nada, me limito a seguir con la mirada gacha. Porque Vanessa tiene razón en una cosa, y es que en efecto controlamos el mensaje. En los primeros tiempos nos hacían constantemente esa pregunta, pero nos limitábamos a dar respuestas vagas: nos llevó cierto tiempo encontrar nuestro verdadero sonido, escribir esas canciones. Pero ahora el grupo es lo bastante famoso para que los jefes de prensa entreguen a los periodistas una lista de temas intocables: la relación de Liz y Sarah, la mía con Bryn, los problemas que tuvo Mike con las drogas y el «agujero negro» de los Shooting Star. Por lo visto, a Vanessa no le ha llegado esa lista. Miro a Aldous en busca de ayuda, pero lo veo enfrascado en una conversación con el barman. Menos mal que me ha ofrecido apoyo.

—El título hace referencia a la guerra —digo—. Lo hemos explicado con anterioridad.

—Claro —replica ella sarcásticamente, poniendo los ojos en blanco—. Como vuestras letras son tan políticas...

Me mira con sus grandes ojos azules. Es una clásica táctica de periodista: crear un silencio incómodo y esperar a que el entrevistado parlotee para llenarlo. Pues conmigo no le va a servir de nada. Soy capaz de sostenerle la mirada a cualquiera.

De pronto, su expresión se vuelve fría y dura. Aparca bruscamente su personalidad simpática y coqueta y me mira con cruda ambición. Se la ve ávida, pero es un cambio a mejor, porque al menos se muestra tal como es.

—¿Qué pasó, Adam? Sé que ahí hay una historia, precisamente la historia de los Shooting Star, y voy a ser yo quien la cuente. ¿Qué convirtió aquella banda *indie-pop* en un fenómeno fundamental del rock?

Se me encoge el estómago.

—La vida siguió su curso, eso pasó. Y nos llevó un tiempo componer el nuevo material...

—Te llevó un tiempo, querrás decir —me interrumpe—. Los dos últimos álbumes los compusiste tú.

Me encojo de hombros.

—¡Venga, Adam! *Daños colaterales* es tu disco. Es una obra maestra, deberías sentirte orgulloso. Y sé que la historia que hay detrás de ese disco, detrás de tu banda, es tu propia historia. Ese cambio tan enorme de cuarteto *indie* moderado a núcleo estelar del punk más emotivo está centrado por completo en ti. En fin, fuiste tú quien subió a recibir el Grammy a la Mejor Canción. ¿Cómo te sentiste en ese momento?

«Como una mierda.»

—Por si lo has olvidado, el grupo ganó el de Artista Revelación. Y hace más de un año de eso.

Ella asiente con la cabeza.

—Mira, no pretendo menospreciar a nadie ni reabrir viejas heridas. Sólo trato de entender ese cambio: en el soni-

do, en las letras, en la dinámica del grupo. —Me dirige una mirada de complicidad—. Todo parece indicar que tú fuiste el catalizador.

—No hay ningún catalizador. Sólo realizamos pequeños ajustes en nuestro sonido. Es algo que se hace habitualmente, como Dylan al pasarse a la guitarra eléctrica o Liz Phair al volverse comercial. Pero la gente flipa cuando algo se sale de sus expectativas.

—Sé que es más que eso —insiste, ejerciendo tanta presión sobre la mesa que me la hinca contra el vientre y tengo que empujarla hacia atrás.

—Bueno, está claro que tienes una teoría, así que no dejes que la verdad se interponga en el camino.

Sus ojos echan chispas un instante y creo que la he cabreado, pero entonces levanta las manos. Me fijo en que se come las uñas.

—Vale, ¿quieres saber mi teoría? —me pregunta arrastrando las palabras.

«No es que me apetezca especialmente.»

—Soy todo oídos.

—He hablado con algunas personas que fueron contigo al instituto.

Un escalofrío me recorre el espinazo, volviendo de plomo todo lo que antes era blando. Tengo que concentrarme al máximo para llevarme el vaso de agua a los labios y fingir que bebo un sorbo.

—No sabía que habías ido al mismo instituto que Mia Hall —añade como si tal cosa—. ¿La conoces? ¿A la chelista? Empieza a causar revuelo en ese mundillo, o lo que en música clásica se considere un revuelo; un zumbido, quizá.

El vaso me tiembla en la mano. Tengo que ayudarme con la otra para dejarlo de nuevo en la mesa sin derramármelo encima. «Todos los que saben lo que ocurrió realmente guardan silencio —me recuerdo—. Los rumores, incluso los verídicos, son como las llamas: si se los deja sin oxígeno acaban apagándose.»